

Visita-entrevista a Daniel Santoro

En el año 2010 la visita entrevista al artista visual Daniel Santoro tuvo como motivo tomar contacto con sus obras para luego traerlas a las salas del MAC. Esto sirvió para una charla profunda con el artista donde en todo momento Santoro se prestó a contar parte de su vida y obra, su infancia en el barrio de Constitución, como fueron los tiempos en el que fue creciendo, como en los 70 comenzó la Escuela Nacional de Bellas Artes. Santoro fue relatando su vida y mostrando todo el tiempo recorridos de curiosidad insaciable, preocupaciones por la realidad política y social del país, acercamiento directo a la iconografía justicialista, que en todo su recorrido y hasta la actualidad no abandonó más. Hablaba de algo muy fuerte que es la eficacia estética que en algún momento se vuelve eficacia política y de lo absurdo que son las nociones y códigos del sistema globalizado donde todo se parece a todo, precisamente en allí donde Santoro no se parece a nadie.

Daniel Santoro aporta un sinnúmero de pistas y códigos sígnicos en sus obras, un lenguaje propio de entre cruzamientos que convierten a sus figuras en protagonistas de una fuerza arquetípica, motora, con dinámica particular como es el peronismo. En realidad el ideal justicialista, la utopía peronista como una visión territorial de pertenencia Santoro protege a aquel paraíso de los obreros descamisados, de las mujeres trabajadoras, de los niños cuidados y escolarizados. Santoro marca una profunda significación epocal y toma a Evita como la imagen emblemática de una dirigencia que representa al pueblo, el artista nos presenta un mundo ideal, nos hace mirar y entrar en aquella atmosfera idílica de ese peronismo que fue uno de los pilares de la nación. También se dislumbra en sus obras, sutilezas de la contracara de su mundo ideal, aparecen algunas sombras enigmáticas y personajes como la pantera negra, con su presencia acechante, anunciando todo el tiempo que la balanza se puede inclinar y terminar de un zarpazo con el mundo feliz que allí se muestra. Daniel Santoro todo el tiempo tenía mucho que decir de cada una de sus imágenes, contaba historias, vinculaba sucesos con alguna de ellas, todo el tiempo fue evidente cual era su ideología y que sus imágenes traspasaban las connotaciones ideológicas para pasar a retratar un tiempo que él y muchos argentinos añoraban.

Finalmente después del recorrido se definió cuales serían las obras que vinieron al MAC para la muestra "Mitos y leyendas justicialistas" dibujos y pinturas de Daniel Santoro.

Santoro visto desde el arte

Daniel Santoro, hijo de madre y padre calabreses, nació en Buenos Aires, barrio de Constitución, un año antes de la caída del gobierno de la década; es decir, no tuvo las vivencias de aquella época, pero creció en tiempos en los que el debate sobre el peronismo estaba a la orden del día. A comienzos de los '70 ya estaba en la Escuela Nacional de Bellas Artes y había comenzado a compartir sus inicios en el camino del arte con su militancia en el peronismo. En 1982 entró a

trabajar en el taller de escenografía del Teatro Colón, haciendo una experiencia que va a ser esencial, no sólo para su crecimiento artístico, sino también para la presentación posterior de muchos proyectos artísticos, como Lecturas del Billiken o los Arcanos Porteños, incluyendo posteriormente sus imponderables enfoques del mundo peronista. Hacia fines de la década viaja a Singapur, invitado a exponer en la feria que se organiza en aquella ciudad, con motivo de los cien años de su Independencia. Allí presenta las tintas sobre el tango con un humor inédito y delirante; su serie de Gardel y los Samurais tuvo un gran éxito, corroborado por las posteriores invitaciones para exponer en Oriente. Es en aquellos viajes donde se consolida el incipiente deseo del artista de aprender la escritura china. Y es obvio que su aprendizaje de la escritura oriental -que es otra manera de dibujar- va a constituirse en otro de los grandes disparadores de su imaginación visual. El aprendizaje del chino -escritura que el artista hoy maneja con solvencia- lo implicó a un modo de pensar radicalmente distinto al de cualquier lengua occidental; pero sobre todo a desarrollar una visualidad -que aquella escritura exige- en la que con gran síntesis formal la naturaleza se hace signo. Debemos sumar también sus inquietas incursiones por el sánscrito y el hebreo, y su cada vez mayor compenetración con el estudio de la cábala. Además, la escritura de los textos con los que aprendía le permitió interiorizarse de la cosmogonía china y de algunos conceptos fundamentales, extraídos de Lao Tse y Confucio, quienes también pasarán a formar parte de su bagaje imaginativo. El ying y el yang, más la noción de vacío que los chinos denominan "chi", serán audazmente vinculados a la tercera posición justicialista, tal como se evidencia en algunos de los textos escritos por el artista. También le serán propicios los escritos de los pitagóricos con sus elocuentes elucubraciones acerca del número tres y del triángulo, que es para el artista una figura cardinal en el despliegue de sus visiones. Y no es casual la resonancia que encontraron en él, aquellos versos de Leopoldo Marechal: "Con el número dos nace la pena". También el árbol de los cabalistas será una figura de gran importancia para Santoro; en él, la energía de Dios baja haciendo zig zag a derecha y a izquierda, de lo severo a lo piadoso y a la inversa, por un largo centro vacío. Esta figura forma parte, como es notorio, de gran parte de su iconografía. El proyecto artístico de Daniel Santoro es imposible de ubicar en cualquiera de los ismos o tendencias que han atravesado hasta la actualidad la escena de las artes plásticas en nuestro país. Su propuesta carece de antecedentes con los cuales se pudiera comparar o confrontar. Su inspirada amalgama de estética, historia y política despliega una sostenida y extravagante invención que pone en obra ese vasto "mundo peronista", extendiendo osadía, gracia, humor, ironía y tragedia, sin descartar otros condimentos. La confluencia de dibujos, tintas, pinturas, objetos y otras invenciones, a las que hay que agregar la presencia constante de ideogramas chinos, transmiten con la contundencia de la realidad -no obstante tratarse de evidentes construcciones imaginarias- los climas y ritmos de aquella época, los clamores y elocuencias de aquella multifacética vida de la década. Pocas veces los espacios de estas obras son naturalistas, pues Santoro no trata de ilustrar una realidad sino de crearla, como un sueño, una pesadilla o una celebración. En sus barrocas y monumentales visiones, entramos a intrincadas escenas donde con elaborados emblemas y símbolos se van haciendo visibles las caras de aquella realidad. Pero este mundo no ha sido el fruto de espontáneas inspiraciones, sino de un largo proceso de investigaciones y reconocimientos. Con insaciable curiosidad, el artista recorrió y consultó durante años los materiales que lo actualizaron con ese pasado: documentos, revistas como Mundo Peronista o Mundo Atómico, afiches

proclamando las distintas realizaciones y preocupaciones del gobierno -en su inédita manera de mantener una constante comunicación con el pueblo- y todo tipo de gráficas -lo que para el artista significó un verdadero hallazgo- que dio por resultado la reciente edición del pequeño libro que recopila gran parte de aquella gráfica con el título Perón Mediante. También fueron fundamentales para Santoro libros como los de los planes quinquenales que lo actualizaron sobre las increíbles realizaciones de aquella década. Así comenzó el artista a atisbar la significación de ese Estado protector que irrumpió en la historia argentina como una cumplida utopía, al menos para una gran mayoría. Y no sólo atisbó aquel Estado, sino también la irrupción de una estética que a través de la radiofonía, de sus arquitecturas, de sus festejos y apariciones públicas, flotaba indeterminada. Quizá uno de los primeros propósitos del artista haya sido darle unidad y entidad a toda aquella estética flotante, tal como afirma el propio Santoro en alguno de sus textos: "En muchos de mis trabajos, como los que ilustran este texto, busco lograr acercamiento visual, al menos dibujar los contornos de lo que podría ser el Justicialismo. Esto, sin duda es un desafío, tal búsqueda siempre fue un enigma para sociólogos, politólogos, economistas, etc..., etc...". Por estas declaraciones, es evidente que el artista propone su poética visual como una llave maestra que vuelve a abrir las compuertas de aquella época a la castigada memoria de la actualidad. Y éste es el momento en que eficacia estética se vuelve eficacia política, en estos tiempos de capitalismo feroz, en que todos los días, por las necesidades del mercado, se decreta el "fin" de algo: formas artísticas, la historia o los más variados productos. Todo tiene que cambiar por las codiciosas necesidades de un mundo posmoderno que necesita, al mismo tiempo, multiplicar y hacer desaparecer sus ofertas, imponiendo absurdas nociones de actualidad en este sistema globalizado donde todo se parece a todo. Precisamente desde esta imposición de lo actual es donde la obra de Santoro aparece con la frescura de estar más allá del juego impuesto. En última instancia, su juego responde a reglas inventadas por él a partir de la melancolía por aquella época en este desdichado sur americano; de aquí saca el artista la potencia conceptual y visual de sus inéditas imágenes. Es por esta razón que su obra -a la cual la crítica respondió favorablemente en la mayoría de los medios- se yergue solitaria como un extraño monumento del arte argentino. Elaborada con la solvencia y sabiduría de un clásico, al recorrerla encontramos importantes alusiones a la historia del arte de todos los tiempos, como por ejemplo, las reiteradas citas de la Isla de los Muertos de Arnold Böcklin y otras menos conocidas; Pero no obstante, las intrincadas claves visuales y conceptuales, su obra ha llegado a toda clase de público. Tengo frente a mí un cuadro de Santoro fechado en el 2005, que me obsequió después de su muestra que presenté en el Museo Caraffa de la ciudad de Córdoba: en un primer plano hay una máquina de coser, presumiblemente Singer, de las que la Fundación Eva Perón donaba a las amas de casa (¿será una alusión evidente a un mundo productivo aun dentro del hogar?); en el clima abiertamente metafísico de la escena, apretada por la aguja de la máquina, aparece una cinta negra que está puesta a su vez como una cinta de Moëbius (¿será la alusión a un luto infinito?); atrás de la máquina, por la ventana que da al exterior y que contrasta con el ámbito por su luminosidad, se ven, como sólidos custodios, los edificios de la CGT y el de la Fundación. Tal como en este cuadro, la asombrosa conjunción de elementos en cualquiera de las imágenes del artista hacen de sus obras verdaderos espacios simbólicos, sobre todo si tenemos en cuenta, aquella definición que hace el filósofo Hans Georg Gadamer -discípulo de Heidegger, que asistió invitado en 1949 al Congreso Filosófico que se llevó

a cabo en la provincia de Mendoza- en su libro *La actualidad de lo Bello*: "¿Qué quiere decir 'símbolo'? Es en principio, una palabra técnica de la lengua griega y significa 'tablilla de recuerdo'. El anfitrión le regalaba a su huésped la llamada 'tessera hospitalis'; rompía una tablilla en dos, conservando una mitad para sí y regalándole la otra al huésped para que, si al cabo de treinta o cincuenta años vuelve a la casa un descendiente de ese huésped, puedan reconocerse mutuamente juntando los dos pedazos. Una especie de pasaporte en la época antigua; tal es el sentido técnico de símbolo. Algo con lo cual se reconoce a un antiguo conocido". Al recorrer la obra de Daniel Santoro, muchos sacarán su tessera hospitalis pues la década peronista repartió muchas. Y es obvio que Daniel Santoro no parece resignado a hacer el duelo por aquella época histórica. Pero la melancolía que sobrelleva, lejos de paralizarlo, ha sido la fecunda disparadora de su imaginación de artista. En uno de sus textos no es casual que haya puesto de acápite ese poema de Hölderlin cuyos últimos versos, refiriéndose a la patria perdida, dicen: "Por más que busques nunca volverás a encontrarla: consuélate con verla en sueños".

Lic. Stella Arber

Directora del MAC